



Año XLIX

Orihuela 1 de Enero de 1932

Núm. 1153

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

## ¿Es verdad que hay demasiados Conventos?

La opinión de mucha gente, tratándose de frailes y monjas, se divide en dos grupos bien diferentes.

Para los unos, el religioso es un comodón, un gandul, un ignorante, que vive sin trabajar.

Para los otros es un hombre tenebroso, astuto intrigante, lleno de ciencia y que tiene una influencia extraordinaria.

¿Quién tiene razón? Ni unos ni otros.

¿Qué es, pues, un religioso? Es un hijo del pueblo como los demás, que en uso de su libertad se dedica a seguir la ley de Jesucristo, que deja sus padres y sus riquezas, si las tenía, y después unos años de estudio, de sujeción y obediencia sin tener nada propio, se dedica a los ministerios sacerdotales allí donde lo envíen, o a la enseñanza de la juventud o a recoger y cuidar de enfermos, desgraciados y abandonados. ¿No es esto digno de alabanza?

Cualquiera puede ser obrero, peón, carpintero, abogado, médico, ingeniero, y ¿no podrá dedicarse uno en compañía de otros, a hacer el bien, a enseñar o a las obras de caridad?

Dicen algunos: ¿Cómo es que tienen edificios tan grandes? En primer lugar, porque los necesitan para vivir y cumplir sus tareas. Una escuela para muchos alumnos no puede ser pequeña, un asilo para los enfermos no puede

de ser pequeño, un lugar para muchas personas no puede ser pequeño. De otra manera, la higiene y la cultura sufrirían gravemente.

En segundo lugar, ningún provecho saca de ello la persona para su propia comodidad. Un religioso tiene su habitación pobre y sencillísima: una cama, una mesa, un lavabo, un par de sillas, un reclinatorio de madera si lo tiene, algún cuadro y un santo Cristo en las paredes y unos cuantos libros adecuados a su trabajo.

Se ha de levantar a toque de campana a las cinco de la mañana o antes, no tiene más vestido que su pobre y sencillo hábito y las prendas más necesarias para cambiarse e ir limpio. Ha de hacer lo que le manden y no puede escoger el lugar en que ha de vivir y trabajar. No puede disponer de un céntimo, y si la iglesia es hermosa y bonita es por el amor que tiene a Jesucristo, a la Virgen y a los Santos, y, en definitiva, es más para comodidad del público que acude a su iglesia que para él mismo, que no tiene en ella sino trabajo.

Algunos religiosos, como los de Monserrat y los Carmelitas, comen de vigilia todo el año y bien sencillamente por cierto, sin que puedan escoger ni unos ni otros el "menú" de su comida o de su cena.

Aunque fuese cierto, no lo es, que la Comunidad tiene dinero, de nada serviría a cada persona en particular, por la razón de que no puede disfrutarlo de manera alguna.

Sólo Dios sabe los inconvenientes

con que se hacen los conventos y cuán difícil es sostenerlos, lo que se consigue con penas y trabajos

Pero, dicen otros: ¡Hay demasiados! Entendámonos. Primeramente: ¿Por ventura no son libres todos los ciudadanos para hacer tantas sociedades como quieran, mientras no perjudiquen a los demás? ¿Qué diríais vosotros si se os impidiese hacer una casa para vuestra sociedad? ¿En donde está la tan voceada libertad?

En segundo lugar: Todos vemos que cuando es necesario colocar un viejo abandonado, un enfermo, un niño desgraciado y lleno de llagas, es preciso acudir a los conventos y siempre se encuentran llenos. Cuésta un calvario encontrar lugar, porque hay muchos que los llenan y abundan las peticiones. Señal evidente de que no sólo no hay demasiados conventos, sino de que todavía faltan muchos.

En tercer lugar: Es una cosa corriente que los superiores de las Ordenes religiosas no pueden fundar más casas, porque no tienen suficiente personal. Todos están ocupadísimos y no pueden dar abasto. Señal evidente de que todavía no son bastantes para satisfacer las demandas del pueblo, que comprende que ellos le asisten y le sirven.

En cuarto lugar: En las mismas escuelas y en los colegios no hay nadie que vaya a la fuerza. Los padres llevan allá a sus hijos porque quieren, porque les conviene, porque tienen confianza allí y muchas veces prefieren enviarlos al colegio de los religiosos o



de las monjas, aun teniendo que pagar, que no a otras escuelas porque saben que, por muchos conceptos, allí se educan mejor sus hijos.

Es preciso, pues tener serenidad y no dejarse ilusionar por propagandas interesadas y movidas por los enemigos de Dios y del pueblo.

El día que el pueblo perdiese las casas religiosas, le faltaría uno de los elementos de primera fuerza espiritual y social. El bien que hacen al pueblo es como el aire, que no nos damos cuenta de su necesidad hasta el día en que, si nos falta nos asfixiamos.

Calculad lo que sucedería el día en que se pudiesen en medio de la calle todos los cojos, enfermos, locos, sin el amparo de los frailes y las monjas. ¡Manda tarea para el Gobierno, que no los podría recoger! En todo caso, quedarían en manos mucho más duras que las de una hermana de la Caridad.

Si el Gobierno hubiese de fundar asilos, escuelas y hospitales para recoger y asistir a los desgraciados que auxilian las Ordenes religiosas, necesitarían más de 200.000.000 —doscientos millones— de pesetas al año que ahora procuran los buenos cristianos y los que van a Misa, y no ciertamente los que persiguen las Ordenes religiosas. Los mismos Jesuitas, hoy tan odiados por los que no los conocen, dirigen en Barcelona más de ocho escuelas que enseñan de «balde» a más de 3.000 hijos de trabajadores, que los llevan voluntariamente.

Y ¿sabéis de donde habrían de salir estos millones? Pues del pueblo. Para ello sería preciso aumentar las contribuciones y los arbitrios. Porque los señores del Gobierno y los perseguidores de los conventos no se los sacarían de su bolsillo.

¡No hay que hacerse ilusiones! El pueblo tendría que pagar todo esto de una manera o de otra, o dejar sin recoger y abandonados por las calles a los locos, a los estropeados, a los tísicos, a los escrofulosos y a tantos y tantos desgraciados como por desdicha hay y habrá continuamente por el mundo.

## La limonada del cura

Aquel hombre era brutal. Había sido ya de todos los oficios: primero peón; más tarde, carbonero, y, finalmente había puesto una taberna y casa de comidas, todo en una plaza, delante mismo de las obras en construcción de la Central técnica.

Era allí donde comían muchos trabajadores empleados en las obras, y donde iban todos a pasar las horas libres, jugando al dominó o haciendo la brisca. Él mismo servía, serio y majestuoso, ayudado por su mujer, llamada Antonia, y que según las mujeres del pueblo era "un saco de bondad".

Con todo eso, no quitaba que debido al genio de él sobreviniesen las riñas entre el matrimonio.

—Antonia, ¿ya has bajado el cajón de gaseosas?

—No, Tomás, porque todavía hay.

—Pero, ¿no te he dicho que lo bajaras?

—¡No!...

—¿Que sí te lo dije!...

—¿Que no!...

Y para acabar, Antonia no tenía más remedio que subir la escalera de caracol, que unía la trastienda con el piso de arriba, para ir a buscar el cajón de gaseosas o lo que fuese.

\* \* \*

Un día la Providencia creyó, sin duda, que Antonia había ganado méritos suficientes para abandonar este valle de lágrimas, y le envió una pleuresía doble.

Su marido, primero no le hizo caso; después, cansado de limpiar él solo vasos y botellas, agotó toda su ciencia medicinal en cataplasmas y ungüentos; finalmente no le quedó otro remedio sino ir a buscar al médico.

Este diagnosticó que la cosa era grave, que no creía que la enferma tirase más de cuatro días, después de los cuales tendría que cerrar la puerta y poner el consabido letrero: «Cerrado por defunción».

Tomás, al despedirlo, le dio una pieza de dos pesetas, como quien paga al tendero, y le dijo que si para llegar a aquella conclusión había estudiado

treinta años, más valdría que se retirase y no se acreditara de burro.

Y como Antonia pidiese después con insistencia un sacerdote, Tomás juró y perjuró, con las manos extendidas sobre el periódico «La Linterna Republicana», que nunca entraría uno en casa, ni que fuera el Papal.

No faltó quien fue a decírselo al vicario del pueblo.

\* \* \*

Ya cerca de mediodía, la taberna está llena de obreros que esperan la comida; gritos, jolgorio, habladurías; delante del mostrador, dos capataces discuten el nuevo ministerio; ruido de cucharas, de cuchillos, de vasos; una voz ronca entona un cuplé y otra provoca una disputa...

De pronto, todo calla... Cosa nunca vista: un cura entra en la taberna...

—¡Tomás... un sotana! —le advierte sorprendido, un cliente.

Y Tomás, que estaba precisamente arreglando las almendras y avellanas para servir los postres, da un salto y se vuelve como si le hubiesen dado un latigazo.

—¿Qué viene usted a hacer aquí? —dice, encarándose con el nuevo aparecido.

¿...?

—¿Qué viene usted a hacer aquí, le digo.

—Por segunda vez me pregunta lo mismo, maestro —le responde con mucha pausa el sacerdote, que no es otro que el señor vicario del pueblo.

—¡Sí, y todavía se lo vuelvo a preguntar!

—Muy bien, y... dígame: ¿es así como recibe usted siempre a sus clientes?... Sencillamente, pues vengo a tomar alguna cosa.

—Una...

—¡Cosa! —gritó el vicario, impaciente. —Todo el mundo diría que es usted sordo.

Y con aire tranquilo, el sacerdote se sentó delante de una mesa, en medio de la expectación de todos los concurrentes.

—Tomás le siguió extrañado y furioso.

—¿Ha dicho usted?...

—Que quería un refresco.



—¿Y qué quiere hacer?...

El vicario se cruzó de brazos, nervioso ya.

—Escuchad, contestadme—dijo, dirigiéndose a los que estaban en la taberna—, ¿siempre que piden ustedes alguna cosa, les pregunta el maestro lo que quieren hacer?

—¿Qué quiere, pues?—preguntó éste cada vez más loco.

—¿Qué hay?

—Jarabe, limonada...

—¿Limonada!

Las conversaciones y los juegos habían cesado del todo; no se sentía otro ruido... que el mover de la cucharita del sacerdote que, en medio de una gran curiosidad, parecía tener un gran interés en que el azúcar fuese disuelto en el líquido ligeramente colorado.

Tomás le miraba también azorado.

De pronto el sacerdote fijó en él la mirada y le dijo:

—Nunca hubiese creído que le dieran tanto miedo los curas...

—¿Miedo a mí los curas!...

—Casi creo que sí.

—¿Y por qué?

—Pero, hombre, ¿si está usted tan desfigurado! Mírese en el espejo del mostrador... Los ojos le saltan de la cara; ¿verdad, amigos?

Todos los concurrentes de la taberna opinaron lo mismo.

—Ya le conozco, mala araña, y le veo venir. No es por tomar un refresco por lo que ha entrado aquí, sino para vaticar a mi mujer, que está á punto de bajar al hoyo...

—¿Para vaticar á su mujer? ¡Hombre!, ya que es usted el primero en hablarme, voy a dar mi opinión delante de todos. Escuchadme y decidme: ¿Sois partidarios de la libertad, ¿no?

—Sí; ¡viva la libertad!—gritaron por los cuatro costados.

—Pues bien; la mujer de Tomás no quiere morir como un perro; quiere recibir los Santos Sacramentos. Los ha pedido y repedido cien veces. Tres vecinos han venido a decírmelo y están dispuestos a confirmarlo. Por otro lado, Tomás le niega este deseo y quiere privarle de que vea un sacerdote. ¿Tiene razón, o no tiene? ¿Es que quiere aquello de ¡viva la libertad!... para mí. ¡Abajo la libertad!...

para los otros?...

Siguieron unos momentos de silencio, después de los cuales el anticlericalismo cedió a la razón, y un albañil, detrás de una mesa, gritó:

—Tomás, ¡te han fastidiado!... Haz lo que quieras, pero deja hacer también a los demás lo que quieran.

—Vaya, pues, a hacerle cruces y darle la absolución. Después de todo, ¿a mí qué?

Y volviendo a otra conversación para disimular, Tomás añadió:

—¿Quién me ha pedido almendras y avellanas?

\* \* \*

Antonia recibió los Santos Sacramentos y murió santamente, gracias a la lógica de un albañil sincero y a la valentía de un señor vicario celoso.

*Pierre L' Ermite*

## CASOS Y COSAS

¡Calles! ¡Plutarco Elías Calles! El dictador rojo de Méjico, el causante de tantas víctimas católicas, el enemigo personal de Cristo Rey, está enfermo de lepra...

Ah, terrible enfermedad...

¿Le estarán asistiendo enfermeros láicos o enfermeras láicas? ¿Se disputarán su servicio aquellos miles de partidarios que a su mando desterraron a todos los religiosos y al clero?

¿Se habrán puesto el mandil los masones y habrán llevado al enfermo a una de sus logias o conventos para cuidarle?

Calles el leproso no ha encontrado a ninguno de los suyos, de los que siguieron sus doctrinas, de los que ejecutaron sus órdenes, para que le asistieran.

Al jefe de ayer, revestido de poder, todos le seguían.

Al leproso de hoy todos le han abandonado.

Y le asisten... dos jesuitas.

Leed lo que dice el periódico madrileño *Informaciones*:

"Se recogió aquí, hace días, la noticia de que Plutarco Elías Calles, generalito mandón, había regalado un gran órgano a la Virgen de Guadalupe. Ya se sabe el móvil que ha conducido la voluntad del generalito.

Plutarco Elías Calles padece enfermedad de lepra. Le asisten y curan dos sacerdotes de la Compañía de Jesús. Los médicos le desahucaron y le aconsejaron el ingreso en un sanatorio. Fue entonces cuando los dos sacerdotes jesuitas se ofrecieron a curarle. Hermanos con hermano afligido.

En las capillas de Méjico, sacerdotes y fieles piden a Dios que devuelva la salud al generalito mandón, generalito leproso..."

Todos, sacerdotes y frailes, ruegan por él... por el perseguidor... Así son los cristianos.

Dice el ilustre capuchino P. Gonzalo de Banajama:

En una ciudad muy adelantada, según el lenguaje moderno, en la que entra el oro a torrentes y están los vicios formando mares, se han cometido actos de una barbarie increíble. En la iglesia no ha quedado nada sin profanar: ornamentos, imágenes y vasos sagrados. Todos ha rodado por las calles entre blasfemias y desmanes de la multitud desenfundada. Ni siquiera respetaron la imagen de la Virgen, Patrona de la población, a pesar de que algunos—no tan desalmados—al ver que intentaban quemarla, se interpusieron para impedirlo.

—No, a la Patrona no se la quemará—dijeron.

—Está bien—rugió la chusma embriagada—, pero la hemos de desnudar.

Un malvado se arrojó furioso el primero, y de un zarpazo arrancó el manto que cubría a la venerable efigie. Mientras los compañeros terminaban su obra satánica, aquel desgraciado salió a la calle con el vestido de la Virgen puesto sobre los hombros de él, y así en esta guisa, recorrió varias calles, siendo objeto de sacrilegas ovaciones que le tributaba la muchedumbre frenética y alocada...

Algunas horas más tarde se revolvió en el hecho del dolor un pobre enfermo, víctima de rabiosa fiebre. Estaba inaguantable. Ni encontraba alivio, ni aceptaba consuelos, ni quería tomar medicina alguna. Se revolvió furioso y gritaba sin cesar, con los ojos desen-



cajados y con ademanes de pretender quitarse algo de encima que le atormentaba. "¡El manto!—exclamaba, con ansias de loca desesperación—. Quitádmelo pronto; que me pincha. Quitádmelo pronto; que me ahoga. Quitádmelo que me mata. ¡El manto! ¡El manto!"

Y murió el infeliz, al poco, entre angustias mortales de infernales remordimientos.

## LA LIBERTAD

Cuanto más plerónica de significación es una palabra tanto más resulta susceptible de ser explotada en sentido equívoco. La razón es porque la gran variedad de aspecto que presenta y su acentuado dinamismo ontológico ofrecen valores y ocasión para que con ella mercadee la malicia y, convenientemente condimentada, sea servida dicha palabra en la mesa de la ignorancia y de la inconciencia.

La palabra «libertad» es una de estas palabras. No ha de extrañarnos, por ende que tantas bajezas y tantos crímenes, se hayan cometido en su nombre.

Conviene, pues estudiar filosóficamente su naturaleza, prescindiendo de apasionamientos y anfibologías hiperbólicas de fácil éxito.

\* \*

La libertad es un *hecho*, un *poder* y un *derecho*.

El *hecho* y el *poder* de la libertad son acusados por la razón, por la experiencia interna y por la conciencia colectiva en el tiempo y en el espacio.

La observación psicológica nos dice que—por lo que se refiere a la aptitud del bien particular—la voluntad goza del dominio de sus actos; posee la *autodeterminación*, tiene, por decirlo así, la clave de su albedrío, el volante de la propia dirección psíquica, aquella elección que, según Aristóteles, constituye el principio de la acción y es su causa eficiente.

El consentimiento universal considera la libertad como la razón inmediata de la civilización y de la responsabilidad humana.

Es un *hecho* y un *poder* de la voluntad la libertad de albedrío, por la cual nos determinamos por nosotros mismos a obrar o no obrar (libertad de contradicción); a hacer una cosa u otra distinta (libertad de especificación); a realizar la cosa contraria (libertad de contrariedad).

El proceso sensitivo-psicológico del acto libre registrado en la conciencia individual y en la colectiva constituye un *hecho* y un *poder* contra los cuales

se estrellarán siempre las doctrinas *fatalistas* de Empédocles, Tales de Mileto, Parménides, etc.; las del *determinismo mecánico* de Harley, Diderot, Spencer; del *filosófico* de Bucher, Richet, Herzen; del *psicológico* de Leibnitz y Schopenhauer, y las propugnationes de la *escuela antropológica o criminalista* de Lombroso, Ferris, Sallillas y otros.

El *hecho* y el *poder* de la libertad son patentes en el maravilloso panorama psicológico de estado consciente en el cual contemplamos, por *intuición* y por *reflexión*, nuestro dominio en la *deliberación, elección y decisión*.

Somos libres, sabemos que lo somos y sabemos por qué lo somos.

Hasta aquí la libertad como un *hecho* y como un *poder*.

\* \*

La libertad como *derecho* ¿carece de limitación? Precisamente el *derecho-libertad* es limitado por su misma naturaleza y por la propia significación de referencia jurídica, cívica y social. El gran equívoco consiste en confundir la libertad como *poder* (en cuyo caso no tiene otra limitación que la orgánica y de colisión física) con la libertad como *derecho*. Tenemos, por ejemplo, el *poder* de practicar el mal, pero no tenemos el *derecho*.

El *derecho-libertad* (que tiene por limitación interna los dictados de la conciencia moral y religiosa y por limitación social la ley justa y las normas éticas del civismo) acaba allí donde comienza el *derecho* a la libertad que tienen los demás. Entonces de aquel *derecho* nace el deber de respetar el *derecho* de los demás. *Derecho* y *deber* que son como las dos alas de un mismo lazo que une a los humanos para la convivencia.

El *libertinaje* se define diciendo que es el desenfreno en las obras y en las palabras; definición que, poseyendo un fondo filosófico, adolece, empero, de redundancia. Nosotros diríamos que el *libertinaje* es el *abuso de la libertad como poder*.

\* \*

La libertad como *derecho* sufre, a veces, una limitación extraordinaria de carácter circunstancial. Es cuando así lo imponen la necesidad y la posibilidad biológica de la economía nacional, el orden público, la justicia social. Entonces, el *derecho*, sacrificado en aras de una concentración de actividades reivindicatorias estatales, fulgura con tonalidades de gran prestancia cívica, mereciendo las alabanzas de los pueblos cultos. Si, en tales circunstancias, el *derecho* (puramente aparente) se resiste a la limitación, se hace acreedor al estigma de reaccionario y destructor; se convierte en repulsivo y odioso.

\* \*

El pueblo necesita instruirse y educarse cuidadosamente para que comprenda la libertad y haga buen uso de ella.

Una democracia autodidacta sería naturalmente enemiga de la libertad como *derecho*.

Carlos Salicrú

## EL DIVORCIO

### Un verdadero cáncer social

He aquí la estadística de 1927:

Alemania, divorcios 29.725, o sea uno por cada 18 matrimonios; Francia, 18.897, uno por cada 17; Japón, 50.626, uno por cada 9; Estados Unidos, 192.037, uno por cada 6. Nada digamos de Rusia; aquello... no tiene nombre.

Hay individuo que se ha divorciado sesenta veces. En Rostov dos hermanos se cambiaron las mujeres, después de dos meses de convivencia. Se da el caso de hombres que han obtenido dos y tres sentencias de divorcio en 24 horas.

En Moscú, Kiev, Leningrado, Samara está extendidísima la poligamia. En el censo de Moscú aparecieron cuatro mujeres del mismo marido. En algunas familias marido, mujer e hijos llevan tres apellidos distintos, lo cual quiere decir que la mujer no está casada y el niño es hijo de un hombre distinto del que figura como marido. ¡Son datos suministrados por los mismos bolcheviques!

### ¡No puede abrirse brecha en el matrimonio indisoluble!

Que en algún caso particular podría ser un bien el divorcio, pase. Pero que ese bien particular tiene que ceder ante el bien universal del matrimonio perpetuo, además de mandarlo la ley divina, lo dicta la razón natural no pervertida, lo reconocen los más serios juristas y sociólogos y lo dicen muy alto las cifras que anteceden. (Véase Santo Tomás, 1, 3 cont. Gent., c. 123.)

### ¿No hay remedio contra la unión infeliz?

Si. «Antes de que te cases, mira bien lo que haces.» Después, cumple con tu deber y procura la paz.

Si la paz no es posible, acude al Tribunal eclesiástico, que podrá concederte el llamado *divorcio incompleto*, o sea la separación de los esposos en cuanto a la cohabitación.

Y en todo caso, atesora, sufriendo méritos para la vida eterna.